

LUIS MERINO REYES

Recuerdos necesarios.

M A R I A L U I S A B O M B A L

LA ALGO OLVIDADA escritora chilena María Luisa Bombal, nació en Viña del Mar en 1910 y reside actualmente, bastante alejada de la literatura, en los Estados Unidos. No sobra referirse, a propósito, a los misteriosos factores que impelen a ciertos artistas de verdad, nacidos, criados y educados en Chile, a irse de nuestro país, sin volver la vista, y a renegar, como en el caso de María Luisa, del arte que alentaba su vocación. ¿Es que hay algo tóxico bajo nuestros cielos generalmente despejados y azules? Gabriela Mistral informaba a sus íntimos y después a quien la visitaba, que su correo le traía de Chile, anónimos con un texto hasta de dieciséis páginas. Ella temía volver a la tierra donde en su infancia fue acusada de hurto de unas carillas de papel, donde la rechazaron por débil mental en un colegio, donde unos dómines eclesiásticos y literarios la vejaron y persiguieron, donde más de algún bufón nacional, siempre al servicio de una determinada clase, hizo escarnio en la prensa de su prosa y de su verso. Tenía razón entonces en no querer retornar a Chile, a pesar de que una sucesión de gobiernos chilenos fueron generosos con ella y solicitaron desde aquí el Premio Nóbel para su poesía. El caso de María Luisa Bombal es diverso. Partió un día de Chile hacia Argentina y allá publicó sus primeros libros. "La Última Niebla" es editada por Nascimento, en 2ª edición, en 1941; tenemos entendido que la primera tirada estuvo constituida por muy escasos ejemplares. Llega a Chile por el sur, amargada por malos recuerdos y estando en Santiago, se ve envuelta en un suceso luctuoso; decimos se ve envuelta porque el proceso comprobó que había actuado huérfana de su costra ética y civilizada, impulsada por influjos primitivos que la hicieron desmayarse después de oprimir y descargar su arma. La víctima entonces no murió y sólo quedó mal herida. Absuelta por la justicia, María Luisa Bombal publica en nuestro país "La Amortajada" y "La Última

Niebla" y alternó, como una cuerda sensible, siempre en riesgo de romperse, en nuestro ámbito literario. En seguida, partió de Chile, contrajo matrimonio y como hemos dicho, no ha regresado a su tierra nativa. Aún más, en su último viaje a los Estados Unidos, una escritora chilena pudo comprobar que María Luisa Bombal no quiere saber nada de literatura, no desea opinar ni ser entrevistada como alguien del oficio. Los datos que hemos señalado sumariamente explican, en parte, este retraimiento; pero como siempre sucede con quien no busca el éxito ni la gloria, sabedor de que el arte y la literatura se encuentran integrados por filamentos muy finos para tratar de cumplir con ellos una empresa espectacular, María Luisa Bombal está ausente en pocas antologías internacionales y hasta ocupa sitio en una de las últimas que conocemos aparecida en Santiago, bajo la responsabilidad de nuestro actual Embajador en la República del Uruguay, Ricardo A. Latcham. Pero meditemos un poco en la pequeña novela "La Última Niebla", aparecida en 1941, acompañada de dos cuentos, "El Arbol" y "Las Islas Nuevas".

Amado Alonso, quien también interpretara la poesía de Pablo Neruda, escribe en su estudio liminar: "Los novelistas y cuentistas chilenos, con sorprendente disciplina, se han aplicado y se siguen aplicando a cumplir una concepción naturalista del arte de narrar. Y cuanto más denodadamente han tratado estos escritores, de "independizarse", tomando sus temas del campo y de las ciudades de su país, de sus minas de carbón, de sus pescadores, agricultores y ganaderos, de sus viajeros ricos, de sus niña de dancing, de sus rotos y huasos, cuanto más nacionalistas se muestran en la elección de los materiales, más sometidos siguen a la fórmula naturalista de la novela, no la de los sensitivos y atormentados hermanos Goncourt, sino tal como la hizo triunfar por unos lustros el poderoso Zola". Conviene sí tener presente que este estudio de Amado Alonso fue escrito en 1935, cuando la Puerta de Sol santiaguina estaba a cargo de los prosistas vernáculos Mariano Latorre, Luis Durand, Lautaro Yankas, etc. Pero Amado Alonso todavía agrega y con mayor énfasis: "Por fortuna, esta novela (se refiere a "La Última Niebla" de María Luisa Bombal) queda tan lejos de la llamada novela psicológica, como de la documental del naturalismo, los dos tipos hermanos de la novela, la descriptiva de lo de dentro y la descriptiva de lo de fuera; no hay aquí ese prestigioso y reputado "análisis" psicológico, con que, a base de conocimientos casi científicos, se deshilan sensaciones, emociones, ideas, propósitos; este empeño literario, en el que eminentes escritores del siglo XIX han logrado tan artísticos resultados, siempre me ha parecido, desde el punto de vista

poético, como el caso del ciempiés que se pone a analizar el complicado mecanismo de su marcha, lo cual lo paraliza o poco menos". La última frase nos aclara casi totalmente el pensamiento de Amado Alonso; él quería y añoraba una novela poética y en ese sentido, el arte brumoso, sensitivo, sensual de María Luisa Bombal calza justamente con sus gustos. Sin embargo, los géneros han de definirse y aunque no cabe duda de que la novela moderna está influida ciertamente por la poesía, ya que Marcel Proust, James Joyce y William Faulkner, poseen temperamentos líricos e iniciaron su obra literaria con libros poéticos, la novela como instrumento recreador de la vida, posee una función social, la posibilidad de retratar un medio, de rectificarlo, de vislumbrarlo tras los cendales del futuro, como le ocurrió a Balzac; de exhibirlo en su esencia humana insobornable, contradictoria y sucia, como le ha sucedido, con gran escándalo político, a Boris Pasternak con su ya famoso "Doctor Yivago". Y esta novela moderna, cuyos novelistas no pueden despreciar los métodos del conocimiento aportados por psicoanalistas y sociólogos, oscilando entre la sugerente bruma poética de una Carlota Brontë o Virginia Wolf y el naturalismo descarnado de un Zola, de un Henri Troyat, de un Jean Paul Sartre, ha limitado, también, desde otra orilla, con el realismo fantástico, o sea, aquél donde el escritor aprovecha su observación precisa de la realidad, para situar en órbita su fantasía, sin difuminarla. Vienen a nuestra memoria y citamos antes de que se nos fugue su imagen, esos cuentos casi sin paralelo del prosista y poeta escandinavo Pär Lagerkvist, autor de "El Enano", "Barrabás", "El Verdugo", en cuyas páginas la realidad dramática tiene la posibilidad de huir por entre sus lindes realistas, logrando el autor un tenaz efecto intelectual y sensual.

María Luisa Bombal, notable escritora chilena, un tanto olvidada ahora que se pregona con efectismo propagandístico que la cultura y el arte no van sostenidos en el tiempo por individualidades poderosas, sino que por grupos cuyas fechas de nacimiento o anhelos de figurar más o menos coinciden, ejercita una prosa poética y con la capacidad sublimadora de la expresión que este recurso tiene, logra tramar su delgado suceso, basado más bien en la impresión sensible que en un destino de personajes. Leamos uno de sus trozos: "Me acomete una extraña languidez. Cierro los ojos y me abandono contra un árbol. ¡Oh, echar los brazos alrededor de un cuerpo ardiente y rodar con él, enlazada, por una pendiente sin fin... Me siento desfallecer y en vano sacudo la cabeza para disipar el sopor que se apodera de mí. Entonces me quito las ropas, todas, hasta que mi carne se tiñe del mismo resplan-

dor que flota entre los árboles. Y así, desnuda y dorada, me sumerjo en el estanque". La estampa sugiere un estilo, una sinuosidad, la percepción instintiva, sensual, directa, algo que no puede sostenerse sin desembocar en la poesía pura, en el puro símbolo, aunque sea con ritmos de prosa. Tal vez esto último ayude a entender, asimismo, lo exiguo de la obra literaria de María Luisa Bombal.

Mas ocurre que si enjuiciamos con humildad cualquiera obra artística, a poco andar se penetra en una zona relativa donde las afirmaciones absolutas resultan extrañas. Hace pocos días leíamos una glosa de alguien que recriminaba a los escritores, así en general, que le enviaban sus libros y que después no agradecían sus sabias censuras y daba a conocer al final un certificado de una eminencia que había leído sus lejanas críticas, llegadas, por cierto, recortadas y en un sobre, y burla burlando, se las agradecía con la modestia ejemplar de un aprendiz. Un escritor, un poeta constituyen fenómenos más complejos de lo que un opinante superficial puede concebir. Después de esbozar nuestras impresiones acerca de la prosa poética, brumosa, de María Luisa Bombal en su novela "La Última Niebla", nos encontramos con este trozo que vamos a transcribir, de su cuento "El Arbol", en cuyo breve desarrollo está oculta toda la gracia de que la autora es dueña y también algo así como un seguro indicio sobre su sentido de la vida y del arte. Habla María Luisa, de Brígida, la menor de seis hermanas y como la traslación subjetiva, personal, es, a nuestro parecer, evidente, leeremos el trozo que dice así: 'Brígida era la menor de seis niñas todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, llegaba tan perplejo y agotado por las cinco primeras, que prefería simplificarse el día, declarándola retardada. "No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue". Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante. ¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart, desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora. Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro".

Soñar y en la mañana referir los sueños, no es asunto fácil; la memoria, los recursos lógicos se encargan de arruinarlo todo, de convertir el sueño ha-

bitualmente tan fugaz como un relámpago, en una lección de cosas, en una historia anecdótica. Pero soñar sin pausa, despierta, es poseer cierto pacto con los ángeles y si todavía los sueños pueden referirse, escribirse, entregarlos a un editor para que los imprima y lance al público, modelados por duras linotipias, sin que las visiones se asfixien con los tóxicos vapores del antimonio. Todo esto, nada más y nada menos, es lo que ha logrado en nuestra literatura **María Luisa Bombal.**